

los confiesan, los crímenes aquí perpetrados por los guerreros españoles, apoyándose en autoridades á ellos propicias, y no haciendo sino rarísima vez mención de los escritores indígenas, cuyo testimonio, á pesar de su validez, no se ha querido tomar en cuenta. Fácil es comprender que de semejante criterio no podía desprenderse en toda su desnudez la verdad histórica, cuyo esclarecimiento parece que debía haber sido el solo norte de esos autores.

Reconociendo ese error, Orozco y Berra se trazó una nueva vía, conforme á los principios de la ciencia moderna; y escritor concienzudo, llamó en su apoyo lo mismo al ibero que al azteca, buscando la verdad en los escritos de éste, confirmada por ciertas preciosas confesiones de aquél.

El colorido de los cuadros que Orozco y Berra ha trazado, no puede ser más verdadero. Ha restaurado otros á su primitiva y pura luz, y lo ha hecho con tal acierto, que bien puede decirse, por avanzada que parezca esta opinión, que ha pronunciado la última palabra acerca de la antigua historia de México, reuniendo en un solo cuerpo de obra cuanto se encuentra esparcido en gran número de volúmenes que sólo poseen ciertos y muy contados bibliógrafos eruditos, y cuanto se ha descubierto en estos últimos años, en manuscritos de cuya existencia no tuvieron noticias sus predecesores.

Brillantísima y sobre todo completa, es la parte que de la civilización azteca trata. Allí se tiene cabal idea de la grandeza moral de aquel pueblo cuyos conocimientos científicos eran superiores, y con mucho, á cuanto podía esperarse de él, atendida su total incomunicación con el antiguo mundo. Allí está fielmente trazado el cuadro de sus adelantos artísticos, y en una palabra, allí se encuentra todo lo que puede ambicionarse saber para juzgar con exactitud de la verdadera grandeza del imperio destruido por las armas castellanas.

Para dar una idea de la segunda parte, en que trata del hombre prehistórico, habríamos menester algunas páginas. La ciencia moderna ha hecho de la paleontología un auxiliar poderoso de la historia, y por lo mismo, su aplicación á la nuestra, era, puede decirse, la base de que tenían que partir los estudios de Orozco y Berra. Así lo hizo, con notable supremacía respecto á los que antes se han dedicado á escribir sobre nuestras cosas, y de luminoso califican los entendidos en la materia el trabajo realizado por él.

Lo que en otro lugar dejamos dicho sobre la dedicación de Orozco y Berra desde su juventud al estudio de cuantas obras se han escrito sobre la historia antigua de México, nos ahora aquí de entrar á hacer nuevas consideraciones, con relación á la tercera parte del libro.

La última demandaba el más recto criterio filosófico. La conquista ha tenido muchos historiadores, y para no caer en los mismos errores de que adolecen las obras de aquellos, era necesario proceder conforme á distinto plan. El de Orozco y Berra ha consistido en depurar la verdad á costa de laboriosísimas investigaciones; y si pudiera decirse que alguna parte de su "Historia" es superior á las demás, acaso concederíamos la preeminencia á la última. Tan acabada así es; tanta luz derrama; tan evidente demostración alcanzan en ella los puntos más controvertidos; tan imparcial y justiciero se descubre á Orozco y Berra en aquellas páginas.

El autor de esta biografía inició ante el gobierno federal la publicación de la "Historia" del Sr. Orozco y Berra; y fué tal su constancia, tan grande su empeño, que cuantas dificultades se oponían al logro de este pensamiento quedaron vencidas. Constan todos los detalles de este asunto en la introducción puesta al frente del tomo primero de los cuatro que forman la obra, y confieso que me causa legítimo orgullo haber prestado este servicio, más que al amigo cuya memoria venero, á las letras mexicanas.

Por una de aquellas fatalidades tan comunes en la vida de los hombres ilustres, el Sr. Orozco y Berra no tuvo la satisfacción de ver impresos sino los dos primeros tomos de la obra á que consagró muchos de sus años, pues falleció el día 27 de Enero de 1881, causando con su muerte una dolorosa pérdida que México nunca lamentará suficientemente.—F. Sosa.

Orozcos de Santa Catarina. Rancho del partido y municipalidad de Salamanca, Estado de Guanajuato, con 78 habitantes.

Orta. Rancho del partido y municipalidad de Abasco (Cuitzeo de los Naranjos), Estado de Guanajuato, con 351 habitantes.

Ortega. Villa. (Véase Río Grande, Zacatecas.)

Ortega. Hacienda de la municipalidad de Ramos Arizpe, Distrito del Saltillo, Estado de Coahuila, con 145 habitantes.

Ortega. Hacienda de la municipalidad y partido de San Luis de la Paz, Estado de Guanajuato, con 632 habitantes.

Ortega. Rancho del Distrito de Guerrero, Estado de Chihuahua, á 25 kilómetros al E. del pueblo de Namiquipa.

Ortega. Rancho de la municipalidad de Huejuquilla el Alto, octavo cantón (Colotlán), Estado de Jalisco.

Ortega. Rancho del municipio de Tierra Nueva, partido de Santa María del Río, Estado de San Luis Potosí.

Ortega (Francisco). Nació en la ciudad de México el día 13 de Abril de 1793, siendo sus padres D. José Ortega y D^a Gertrudis Martínez Navarro. Estos murieron siendo él todavía muy niño, y entonces fué recogido por el Dr. Nicolás Maniau, que se encargó de su educación.

En el seminario de Puebla comenzó sus estudios de latinidad y filosofía, de derecho civil y canónico, é hizo su práctica de jurisprudencia en el estudio del célebre abogado Peña y Peña.

Desde muy joven manifestó decidida afición á las letras, afición que no fué contrariada sino favorecida por las personas encargadas de su educación.

En 1814 vino á México y fué presentado al Dr. Montañón, en cuya casa se reunían las personas más señaladas por su saber, talento y posición, y que era, puede decirse, una academia en que se discutían con independencia y recto juicio las composiciones literarias de los concurrentes, y aun de autores extranjeros.

Ortega necesitaba proporcionarse lo necesario para hacer frente á las primeras necesidades de la vida, y en 1817 obtuvo un empleo en la escribanía de la casa de Moheda. En 1822 fué electo diputado al primer Congreso, y fué de los pocos que hicieron la oposición al imperio de Iturbide. Dos años después fué encargado de la prefectura del Distrito de Tulancingo, en cuyo desempeño, ya por sus trabajos estadísticos, ya por su afán en atenuar los odios causados por los partidos, se granjeó el aprecio de los habitantes de aquella región. Perteneció después á la legislatura del Estado de México hasta el año de 1832, y en el siguiente fué nombrado subdirector del establecimiento de ciencias ideológicas y humanidades, creado por el plan de estudios de esa época. Sirvió después en la oficina de contribuciones directas, y fué contador de la administración principal del tabaco. En 1837 se le vió como miembro del Senado, perteneciendo en 1841 á la Junta legislativa que se encargó de formar las "Bases Orgánicas" que rigieron después de la caída del general Bustamante. En 1848 fué encargado por la Comisión de estadística militar para la formación del "Diccionario geográfico de la República," que no pudo llevar á efecto por lo decaído de su salud, que fué siempre endeble, aun desde niño.

Sus ideas republicanas estaban bien desarrolladas, y las sostuvo repetidas veces, en *El Federalista*, *El Reformador*, *Tr Oposición*, y otros periódicos, y escribió varios folletos y opúsculos, entre los que merece particular

mención una "Disertación sobre los bienes eclesiásticos," escrita para un concurso abierto por las autoridades de Zacatecas.

Pero el principal mérito del Sr. Ortega consiste en sus composiciones poéticas. Ya cuando concurría á la casa del Dr. Montañón, presentó un poema sobre la venida del Espíritu Santo, que fué premiado, y publicado en su tomo de poesías. Para celebrar la entrada del ejército libertador en 1821, compuso un melodrama intitolado "México Libre." Dejó á su muerte inéditas varias composiciones originales y traducidas, con que se podría formar un segundo tomo; y además, una traducción de la "Rosmunda" de Alfieri, y un drama original llamado "Cacamatzin," y sin concluir una comedia intitolada "Los misterios de la imprenta," pensando escribir un poema sobre Colón.

Escribió un apéndice para la obra del Lic. D. Mariano Veytia sobre la historia de México; y cuando en 1845 el Sr. D. Francisco Fagoaga abrió un concurso con el apoyo del Ateneo Mexicano, ofreciendo un premio al que presentase la mejor Memoria sobre los medios de desterrar la embriaguez, el Sr. Ortega, con su opúsculo, ganó el premio ofrecido.

Dedicado á la educación de sus hijos, al cultivo de la literatura, que no llegó nunca á abandonar, y al progreso de su patria, le sorprendió la muerte el día 11 de Marzo de 1849, y su pérdida debe ser sentida por todos los que se gloríen de ser buenos ciudadanos, buenos padres de familia y amigos de las letras.

Acerca de las poesías de Ortega se han pronunciado diversas opiniones. Arróniz se expresa así:

"Su mérito principal no consiste en la viveza y color de las imágenes, en el sentimiento y ternura de las composiciones, sino en el estudio profundo que hizo de los clásicos latinos y españoles, notándose su destreza en el manejo del idioma, su ideología y su buen gusto, que le colocan en lugar notable en la república de las letras."

Pimentel, el reputado filólogo y crítico, que por su erudición y por su clara inteligencia ha conquistado un nombre inolvidable dentro y fuera del país, consagra á Ortega un extenso estudio en su "Historia crítica de la literatura mexicana," y le presenta como tipo entre los poetas que han escrito en el tono templado.

No será inoportuno, antes de terminar los apuntamientos biográficos de este poeta, llamar la atención acerca de un hecho verdaderamente excepcional. D. Francisco Ortega ha sido el fundador de una familia cuyos miembros todos han dado honra, no sólo á su apellido, sino á la nación que con orgullo los cuenta entre sus hijos.

Sucede casi siempre que los sabios y los varones más esclarecidos no dejan, al morir, un hijo sólo que los reemplace. Sea que la naturaleza no prodiga sus dones á los miembros todos de una misma familia, sea que los hombres prominentes descuidan la educación de sus hijos, éstos, ó son vulgares, ó no pasan de medianías, y rarísima vez llegan á tener de ilustres otra cosa más que su apellido: nada tienen por propio merecimiento. Los hijos de D. Francisco Ortega han sido en México la excepción de esa regla, por su ciencia, por su amor al arte, por sus virtudes privadas, y ocupan en la sociedad y en las academias un lugar distinguidísimo.

Si desde la eternidad es dado al hombre saber lo que pasa en el mundo, D. Francisco Ortega debe ver como el mejor premio de sus buenas acciones, la manera con que sus hijos honran su nombre.—F. Sosa.

Ortega (Aniceto). Honra de la patria, de la ciencia, y del arte, el Sr. Dr. D. Aniceto Ortega causó con su muerte una pérdida irreparable á la sociedad mexicana, el día 17 de Noviembre de 1875.

¡Parécenos que fué ayer! Tan vivos así son los recuerdos que conservamos de la fúnebre ceremonia dispuesta por la Escuela de Medicina para tributar el homenaje postrero al doctor Ortega. El salón de juntas estaba con-

vertido en capilla ardiente, y en el centro se elevaba el túmulo. Numerosa y escogida concurrencia llenaba el salón; las clases todas de la sociedad estaban allí representadas; las corporaciones literarias habían enviado, como las científicas y las artísticas, oradores que encomiasen las grandes dotes del ilustre difunto, y no había una sola persona que no llevase marcada en el semblante la tristeza más profunda; era que todos amaban al hombre; era que todos lamentaban la pérdida del sabio artista; era que para nadie podía ser indiferente la desaparición del doctor Ortega, en quien sus compatriotas veían un título de gloria para la República.

Entre los oradores, ocupábamos el último lugar, enviados por el "Liceo Hidalgo." Séanos permitido reproducir algunas de las palabras que en elogio del doctor Ortega pronunciamos entonces, no para hacer alarde de la participación que tomamos en aquella solemnidad fúnebre, sino para que se vea que no por llenar algunas páginas más de este libro, y sí por el gran concepto que siempre nos ha merecido, honramos la memoria del doctor D. Aniceto Ortega.

El dogma del sabio cuya muerte lamentamos, dijimos, se sintetiza en esta sola palabra, más trascendental, más grande que cuantas ha inventado el orgullo del hombre: el deber. Por eso, señores, Aniceto Ortega es del número de aquellos seres para quienes la inmortalidad no es un sueño. Los muertos tienen vida, decía el gran orador romano, y ésta consiste en la memoria de los vivos. ¿Quién de vosotros, quién que hubiese conocido á ese sacerdote de la ciencia y del arte, cuyo ideal hermoso era establecer una armonía perfecta entre la inteligencia y el corazón, podrá borrar de su memoria al que con su bondad, con su sabiduría y su virtud ha grabado su nombre en los anales de la ciencia médica, en las armoniosas notas de sus composiciones musicales, en las profundas observaciones de sus estudios físico-químicos, y lo que es más todavía, ¿qué madre habrá de aquellas infinitas á quienes Aniceto Ortega auxilió en las supremas horas de dolor, que no enseñe á sus hijos á pronunciar con amor y con respeto el nombre del sabio doctor?

"Non omnis moriar," pudo haber exclamado con el poeta latino, Aniceto Ortega, porque ha de vivir mientras un cataclismo no destruya las obras que dejó y con ellas el relato de esta ceremonia en la que las sociedades científicas, literarias y artísticas de la capital de la República vienen á hacer una pública manifestación de su duelo por la muerte de uno de los hijos más ilustres de la patria.

El "Liceo Hidalgo," que poseía un título de gloria contando entre sus miembros al Dr. Aniceto Ortega, me ha honrado comisionándome para ser el intérprete de su profunda pena. El "Liceo Hidalgo" no me envía á cumplir meramente con un deber de cortesía para con la ilustre Escuela de Medicina que nos ha convocado; igual pérdida ha sufrido el "Liceo," no es menos profundo su duelo.

La familia pensadora de México acaba de ver desaparecer de su seno á uno de sus hijos más ilustrados; la humanidad á uno de sus miembros más útiles; la patria á uno de sus mejores ciudadanos. ¿Qué mayor título de gloria, qué inmortalidad de las que ambiciona el hombre puede compararse á la que ha alcanzado Aniceto Ortega, al bajar al sepulcro en medio de las lágrimas de cuantos conocieron sus obras, de cuantos pudieron apreciar sus cualidades, y de cuantos desean que en la ciencia y en las letras figure México entre las primeras naciones del mundo, como figura ya el primero entre los pueblos libres? Ah! señores, muy justo es el dolor que nos embarga, porque es muy grande la pérdida que hemos sufrido!

Pero si es verdad que es irreparable, atenúese al menos nuestro dolor ante la consideración de que el sabio que ha muerto nos ha legado el recuerdo de sus virtudes, que pueden servirnos de modelo si queremos ser

útiles á nuestra patria y llorados por ella después. Cuando un árbol muere, se levantan sus renuevos; así los hijos y los discípulos del Dr. Aniceto Ortega, para honrar dignamente su memoria y perpetuarla, se elevarán á las esferas que él con su ciencia llegó, y dirán á las nuevas generaciones que la única manera de vencer á la muerte es conquistar la gloria que alcanza el que hace el bien á sus semejantes, el que cumple con su deber.

No eran éstas vanas declamaciones dictadas por la estimación personal, que á haberlo sido, no habrían hallado un eco en la reunión. Extensos y más elocuentes panegíricos se pronunciaron entonces, y si de ellos no extracemos algunos pasajes, como en casos análogos lo hemos hecho, es porque al trazar estas líneas no los tenemos á la vista.

Mientras nos es dado escribir una verdadera biografía del Dr. Ortega, daremos á conocer los principales rasgos que le caracterizaban.

Hijo del poeta y escritor D. Francisco Ortega, de quien con el debido elogio hablamos ya, Aniceto Ortega nació en México, é hizo aquí sus estudios preparatorios en el Colegio de San Ildefonso. Terminados, entró á la Escuela de Medicina, en donde con lucimiento cursó todas las materias hasta recibir el título profesional.

Aniceto Ortega unía un gran corazón á una grande inteligencia. En la vida privada inspiraba profundas simpatías por la nobleza de sus sentimientos, siempre elevados, siempre generosos; por sus aspiraciones á todo lo que era bello y bueno, grande y útil; por su afabilidad, su indulgencia, su franqueza, su lealtad, su modestia, su sencillez, y la igualdad de su carácter justo, recto, siempre inclinado á la benevolencia.

Como hombre científico era un erudito, un enciclopedista, cuyo espíritu analítico había profundizado todos los conocimientos humanos.

Sus sólidos estudios le conquistaron un rango eminente en nuestra Facultad de Medicina; hizo de la obstetricia su especialidad, y podemos asegurar que en la difícilísima labor que se impuso, fué no solamente uno de los más sabios médicos mexicanos, como lo proclama unánimemente su inmensa clientela, sino el hombre de corazón tierno y compasivo que veía en el amor á la ciencia algo más grande que la simple ambición del saber: el amor á la humanidad.

Aniceto Ortega era infatigable en el trabajo; enemigo jurado de toda rutina y de toda preocupación, su afán incansable era marchar con su tiempo, estar al nivel de todos los adelantos que la medicina y sus auxiliares hacían en el mundo intelectual, y proceder desde luego á implantarlos en México, después de una crítica imparcial y oportuna.

Sus colegas le consultaban con frecuencia; en ciertas enfermedades era un oráculo su palabra, y siempre un manantial de consuelo para el pobre enfermo.

Corazón bien puesto y abierto á todas las impresiones buenas, la envidia y los celos nunca pudieron albergarse en él, y sus más conocidos rivales sabían bien que los tesoros de la ciencia que había adquirido durante una vida de estudios y de desvelos, eran prodigados por él, sin reserva alguna, y que jamás explotó la ignorancia de los demás en provecho propio. Aniceto Ortega era todo sentimiento y bondad. En su ardiente imaginación bulleron siempre sabios y excelentes proyectos que, realizados, habrían contribuido extraordinariamente á la gloria de la medicina mexicana.

Así lo probó en el Hospital de Maternidad, donde su benéfica influencia se hizo sentir durante los últimos años. Ese establecimiento, aunque insuficientemente dotado, está hoy á la altura de los mejores del extranjero, y este resultado se debe en gran parte á sus esfuerzos. Como profesor, sus discípulos de la Escuela de Medicina no olvidarán jamás aquella elocuencia serena y filosófica en que se revestían los más arduos problemas de la cien-

cia con un ropaje lleno de atractivos, y cuyo velo era descorrido por la mano del maestro, lenta, pero segura y atrevidamente, hasta donde la potencia del sabio puede llegar hoy.

En el Consejo Superior de Salubridad prestó importantísimos servicios á la ciudad de México, tomando parte principal en la redacción de esos luminosos informes que vienen de vez en cuando á consolar á los habitantes, de la ineptitud de los ediles, con la convicción de que hombres de bien é inteligentes se preocupan asiduamente de asegurar el bienestar higiénico de la población.

Era poeta y músico; poeta, sólo á un círculo muy reducido de amigos íntimos reveló las dulces inspiraciones de su musa; músico, entusiasmó á todo un pueblo con los patrióticos acentos de su "Marcha Zaragoza;" sus nocturnos, sus melodías, sus grandes fantasías, y sus deliciosos walses tenían un sello de originalidad y sentimentalismo, de gracia y distinción, de buen gusto y delicadeza, que enajenaban á cuantos los oían: como pianista ejecutante, su estilo era correcto y brillantísimo: como compositor, le proclamaban todos el Chopin mexicano.

Poco ó nada hemos tenido que decir por cuenta propia acerca del raro mérito del Dr. Ortega. Consúltese á cuantos le trataron; léase lo que con motivo de su muerte dijo la prensa, y se verá que no hemos hecho otra cosa sino recoger opiniones autorizadas para tejer la corona del ilustre profesor.—F. Sosa.

Ortega (MIGUEL). Escritor. Ordenóse jesuita en 1702. Fué descendiente legítimo de Citlalpopoca, por lo cual disfrutaba, como su hermano, de quien hablaremos en seguida, una pensión mensual y varias prerrogativas y privilegios. Escribió tres obras: *Origen de la célebre imagen de Nuestra Señora del Refugio, de la ciudad de Puebla de los Angeles, y pompa con que dicha ciudad celebró su fiesta el año de 1747*, impreso en Puebla en 1767. *Hermosuras verdaderas, físicas y espirituales de la Madre y Señora de Ocotlán*, impreso en Barcelona el año de 1754, por Pablo Nadal. *Relación de la vida, martirio, constancia, y muerte del niño tlaxcalteca Cristóbal Axotécatl*, impresa en Puebla en 1714. (Véase Axotécatl).

Ortega Montañez (EXCMO. É ILLMO. SR. D. JUAN DE). D. Juan de Ortega y Montañez había sido nombrado el año anterior arzobispo de México, de cuya dignidad tomó posesión el 22 de Mayo de 1701, y recibió el palio al mismo tiempo que la cédula del virrey.

El 17 de Diciembre se recibió el sello del nuevo rey Felipe V con gran pompa y solemnidad: lo llevó por poder del gran chanciller de España, D. Pedro Sánchez de Tagle, quien lo presentó al virrey y á la Audiencia, reunidos con todas las autoridades en el salón de palacio, en una fuente de plata cubierta con un rico paño de seda; y de allí, acompañándolo algunos ministros de la Audiencia, fué llevado á la Casa de Moneda.

El arzobispo virrey persiguió con empeño todos los vicios y en especial á los ociosos, considerando la ociosidad como origen de todos los males. Por este motivo, el día 2 de Mayo de 1702, habiendo ido á visita de cárcel entró en la sala del crimen, y hallándola llena de gente que estaba oyendo los informes y alegatos de los abogados, mandó cerrar las puertas, é hizo prender á todos los que allí estaban, que eran muchos, diciendo que pues iban á entretenerse en oír pleitos, no tendrían ocupación.

La flota que salió de Veracruz escoltada por la escuadra francesa del mando del conde de Chateau Renaud, pasó felizmente sin ser vista por la escuadra inglesa, que la esperaba en la sonda de la Tortuguilla; pero no habiendo podido entrar en Cádiz por no encontrarse con las escuadras inglesa y holandesa, que la aguardaban en la arribada á aquel puerto, entró en Vigo en la costa de Galicia, donde fué atacada por los ingleses y holandeses, estando anclada, y fueron tomados algunos buques y los demás echados á pique, para que no cayesen en manos de los enemigos, perdiéndose más de diez y siete millo-

nes de pesos, que en tiempos posteriores se ha intentado varias veces sacar sin efecto.

A principios de Octubre llegó á Veracruz la escuadra francesa mandada por el almirante Ducas, trayendo á su bordo al virrey duque de Alburquerque; y en virtud de las órdenes recibidas anteriormente, se estableció en aquel puerto la factoría francesa del asiento de negros, conforme al tratado de Madrid del año anterior, para proveer de esclavos por un precio determinado, á las islas y todo el continente de América.

Para el recibimiento del nuevo virrey, se hicieron grandes preparativos, y el 18 de Noviembre salió el arzobispo á encontrarlo hasta Otumba con un tren soberbio.

Este virrey gobernó la Nueva España desde 4 de Noviembre de 1701 en que le entregó el mando el conde de Moctezuma, hasta 27 de Noviembre del año siguiente.

Ortega (En P. JOSÉ). Nació en la ciudad de Tlaxcala el 15 de Abril de 1700, y se hizo jesuita en 1717, á 20 de Abril. Terminados sus estudios, fué enviado de misionero á Nayarit, donde trabajó con celo apostólico durante treinta años. Escribió: *Doctrina cristiana, oraciones, confesionario, arte y vocabulario de la lengua Cora*, impresa el año de 1729 á expensas del Illmo. Sr. D. Nicolás Gómez de Cervantes, obispo de Guadalajara, á cuya diócesis pertenece la región en que se habla dicho idioma. También se debe á este misionero una obra intitulada: *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en la América Septentrional*, impresa en Barcelona por Pablo Nadal, año de 1754, 4.^o Esta obra es una historia de la conquista espiritual del Nayarit y de la Pimería Alta; y aunque al publicarla en Barcelona el P. Fluvia no dijo sino que fué escrita por un jesuita mexicano, sin expresar el nombre, es indudable que se debe al P. Ortega, como se desprende del Capítulo 25, lib. 1 de ella. La conocemos y la hemos consultado en la Biblioteca del Museo Nacional de México.

Ortegón. Rancho de la municipalidad de Pesquería Chica, Estado de Nuevo León, con 15 habitantes.

Ortices. Rancho de la municipalidad, Distrito y Estado de Colima, con 138 habitantes.

Ortices. Hacienda de la municipalidad de Sahuayo, Distrito de Jiquilpan, Estado de Michoacán, con 30 habitantes.

Ortiga. Minas de Zimapán del Distrito de este nombre, Estado de Hidalgo. Las montañas de esta región están formadas de pizarras y caliza compacta. Sus minerales se encuentran en criaderos regulares é irregulares, y también en mantos, siendo los mismos que los de la Zarabanda (véase). Dista de 24 á 25 kilómetros al O. de la cabecera.

Las pocas minas que se explotan, siguen sus trabajos en corta escala, no encontrándose en ellos nada que llame la atención.

Ortiga. Ranchería de la municipalidad de Chicbul, partido de Champotón, Estado de Campeche.

Ortiga. Ranchos 1.^o y 2.^o de la municipalidad de Angangueo, Distrito de Zitácuaro, Estado de Michoacán.—Otro del Distrito y municipalidad de Huetamo.

Ortigal. Rancho de la municipalidad de Aguillilla, Distrito de Apatzingán, Estado de Michoacán, con 48 habitantes.—Otro del Distrito y municipalidad de Ario, con 11 habitantes.

Ortigalito. Rancho del municipio y Distrito de Ario, Estado de Michoacán, con 14 habitantes.

Ortigosa (Puerto). Litoral de la República en el Golfo de California, costas del Estado de Sinaloa. (Véase Mazatlán, Puerto de).

Ortiguillas. Rancho de la municipalidad de S. Cristóbal, cantón de Guadalajara, Estado de Jalisco.

Ortiz. Rancho de la municipalidad de Tepatitlán, tercer cantón ó de la Barca, Estado de Jalisco.

Ortiz. Rancho de la municipalidad y partido de Jerez, Estado de Zacatecas.

Ortiz (De). Rancho de la municipalidad de Chignahuila, Distrito de Teziutlán, Estado de Puebla.

Ortiz (De). Rancho de la municipalidad de Rayón, Distrito de Tenango, Estado de México, con 8 habitantes.

Ortiz (D. FERNANDO). Nació en Pachuca en 1692. Fué colegial y catedrático de filosofía en el Seminario Tridentino de México, doctor teólogo y rector de la Universidad; cura, y juez eclesiástico de Sultepec, prebendado, canónigo y chantré de la Metropolitana.

Su memoria será eterna en México por la fundación que hizo del Hospicio de Pobres, de que hablamos ya en el artículo correspondiente, y por otros beneficios públicos.

El Sr. Ortiz, que falleció en 1767, donó su biblioteca al Seminario, en el que, como hemos dicho, hizo sus estudios, y dotó en el mismo Seminario una beca para un abogado, en 8,000 pesos.

Dió á luz un libro intitulado: *El martirio del apóstol San Pedro*, impreso en México por Bernardo Hogal, en 1743, en 4.^o

Ortiz (Dr. D. FRANCISCO ANTONIO). Este distinguido orador sagrado, nació en la ciudad de México, el año de 1640. En esta misma ciudad hizo sus estudios con lucimiento, y recibió los grados literarios de Maestro en Artes, y de Doctor en Cánones, y fué catedrático de filosofía en la Real Universidad. En los actos literarios brilló por la facilidad de su palabra, y por su claro ingenio. Ordenóse después de presbítero, y fué cura de Santa Catarina y la Santa Veracruz, hasta el 7 de Diciembre de 1671 en que entró á la Compañía de Jesús. Fué prefecto de la Congregación del Salvador, rector del Colegio Máximo, y decano de la facultad de filosofía, sin haber faltado á ninguno de los actos literarios que tuvieron lugar hasta el día de su muerte.

"Vivió hasta la edad de 80 años, con las potencias firmes y expeditas, siendo el oráculo de los mexicanos por su consumada sabiduría." Así se expresa uno de sus biografos. Murió en el año de 1720, después de haber dado á luz de 1667 á 1702, varias de sus piezas oratorias.

Ortiz (FRANCISCO). Escritor en mixteco. Hé aquí las únicas noticias que tenemos de este escritor, noticias de Beristáin:

"Natural de la Nueva España, de la Orden de S. Agustín, de la provincia de México. Escribió: *Arte y Gramática de la Lengua Mixteca*, y *Catecismo cristiano en la misma, dedicado á la provincia del Santísimo Nombre de Jesús, de la Orden de San Agustín*. Manuscritos que vió el Illmo. Eguíara en la biblioteca del Colegio de San Pablo, de México."

Ortiz de Domínguez (JOSEFA). Nació en la ciudad de México, y fué hija de D. Juan José Ortiz y de D.^a Manuela Girón. Desde muy niña perdió á sus padres, quedando bajo el amparo de D.^a María Sotero Ortiz, su hermana. En 1789 entró en clase de porcionista en el Colegio de San Ignacio ó de las Vizcaínas, donde permaneció hasta 1791. En este mismo año contrajo matrimonio con el Corregidor de Querétaro, D. Miguel Domínguez, quien la conoció en el Colegio.

El Sr. D. Francisco Sosa en la interesante biografía que escribió acerca de esta heroína, se expresa en los siguientes términos:

Era la Sra. Ortiz de Domínguez de carácter sumamente enérgico, y al mismo tiempo generosa y caritativa, al extremo de curar á los pobres con sus propias manos, y de auxiliarlos y ampararlos. Por esa energía llegó á tener poderoso, incontrastable ascendiente sobre su marido, y por esa caridad llegó á ser muy popular en Querétaro; y como dice un escritor, seguramente creciendo en su corazón el sentimiento humanitario, abrazó el partido de la Independencia, pensando en mejorar la suerte del pueblo.

Ninguna oportunidad mejor que la que hoy se nos